

de doscientos ducados para que el almirante pudiese viajar cual correspondía á su alta jerarquía.

Completamente convencido de su inocencia, no dudó Colón en aceptar la invitación, llegando el 17 de diciembre á Granada, donde se hallaban los reyes.

La reina recibióle con lágrimas en los ojos, y Colón estaba tan conmovido por esta entrevista que se echó á los pies de su excelsa protectora, no pudiendo en largo rato articular una sola palabra.



ÚLTIMO VIAJE DE COLÓN

En la corte procuraban por todos los medios imaginables hacer olvidar al ofendido Colón el pasado ultraje. Mas si el almirante acariciaba la esperanza de verse repuesto en breve en la soberanía de los países por él descubiertos, el tiempo se encargó de hacerle sufrir la decepción más amarga.

Hacía mucho tiempo que el rey don Fernando había adquirido el convencimiento de que los derechos concedidos á Colón ántes de emprender su primer viaje le coartaban á él su libertad de acción para obrar por cuenta propia respecto á la explotación y mayor ensanche de aquellas regiones, de que estaba ligado á la personalidad del genovés, y en ciertos casos, relativamente, subordinado á éste. Con el fin de romper tal yugo y subordinación, habían los reyes concedido, ya en el año de 1495, permiso á todo el mundo para recorrer por cuenta propia las aguas índico-occidentales, sin considerar que con esto mermaban considerablemente los derechos del almirante. Las travesías de Ojeda, Pinzón, Niño y otras, originadas por esta concesión, habían demostrado que en las inmediaciones de los países descubiertos por Colón existían aún inmensos territorios, que sólo esperaban el momento de ser investigados. Parecióle al rey peligroso reunir en un solo hombre los derechos de soberanía de estas extensas comarcas, que indudablemente debían encerrar en su seno incalculables riquezas, pues podría suceder que una persona revestida de tan grandes privilegios aprovechase su poder para romper con España y declararse independiente.

Contando con esta posibilidad, no creyó conveniente el monarca restablecer el orden de cosas al estado en que estaba antes de la ida de Bobadilla á las colonias, y conferir nuevamente á Colón sus derechos de virrey. Si bien le daban esperanzas al almirante diciéndole que su actual situación debía considerarse como pasajera hasta que se hallasen nuevamente en orden los asuntos de las colonias, éstas eran sólo buenas palabras que no habían de realizarse jamás.

Limitáronse, por lo tanto, á prometerle una indemnización, en primer lugar por las pérdidas que le había originado Bobadilla, y además á ase-

gurarle la parte que, según el contrato, le correspondía de todos los beneficios que reportasen los países por él descubiertos.

En cuanto á Bobadilla, acordóse su destitución, no sólo para demostrar que el violento alejamiento del almirante de la isla se había efectuado sin la sanción de la corona, sino también porque Bobadilla había demostrado con algunas medidas su inutilidad para el puesto que ocupaba.

Como sucesor de éste fué elegido Nicolás de Ovando, hombre de reconocida capacidad y que inspiraba la mayor confianza á todos. La escuadra que debía conducir al nuevo gobernador á Santo Domingo se componía de 30 barcos, y á bordo de éstos se hallaban unas 2.500 personas, algunas de alto rango, así como también familias enteras que querían probar fortuna en el Nuevo Mundo.

No tuvo poca parte Colón en la excelente organización de esta grandiosa expedición, pues con sus consejos, basados en su mucha experiencia, contribuía con todas sus fuerzas al buen orden y prosperidad de la empresa. El 13 de febrero del año de 1502 zarpó la escuadra, que si bien tuvo que luchar con un fuerte temporal que echó á pique uno de los barcos, llegaron los demás con toda felicidad el 14 de abril á la embocadura del río Ozama. Bobadilla fué inmediatamente destituido, y Roldán y sus compañeros reducidos á prisión, para trasladarlos á España y ser allí procesados.

En el transecurso de estos sucesos hallábase Colón ocupado con nuevos proyectos; y si bien uno de éstos, que expuso á los reyes, y que consistía en emprender una cruzada para rescatar el Santo Sepulcro del poder de los infieles, no tuvo aceptación alguna, no sucedió lo mismo con su proposición de proseguir los descubrimientos que había realizado durante su último viaje, á cuyo plan dedicaron el mayor interés, mucho más al ver por los viajes que entretanto habían emprendido Ojeda, Niño, Pinzón, Lepe y otros, que aún existían allí dilatados y ricos países que explorar.

Por lo tanto, concediósele á Colón permiso para organizar una nueva expedición, abandonando éste el 9 de mayo del año de 1502, con cuatro carabelas y 150 hombres, el puerto de Cádiz para surcar nuevamente las aguas índico-occidentales. Sobre el curso de esta travesía se conserva una copia del informe enviado por Colón á los monarcas. Según él, tomaron además parte en este viaje su hermano Bartolomé y el niño Fernando Colón, hijo del almirante, que aún no contaba trece años de edad.

Impulsados por un favorable viento monzón llegaron el 15 de junio á una de las islas Caribes, la actual Martinica, llamada en aquella época por los indígenas Mantinino. Después de permanecer tres días en ella y haber desembarcado en la isla Dominica, navegaron á lo largo de la cordillera de las pequeñas Antillas y costa meridional de Puerto Rico, llegando el 29

de junio á la embocadura del Ozama, en la cual se hallaba precisamente la escuadra de Ovando dispuesta á emprender su regreso á España. Como una de las embarcaciones del almirante se hallaba en mal estado, envió Colón á tierra al capitán Pedro de Terreros con la petición de cambiar el barco averiado por otro mejor. Además solicitaba Colón permiso para embocar con sus barcos en el puerto, puesto que varios indicios hacían presentir la proximidad de una fuerte tempestad. Ovando, temiendo que la aparición del almirante promoviese nuevas perturbaciones, que eran más de esperar por hallarse en la escuadra anclada en el puerto gran número de enemigos del genovés, evitó toda aproximación, negando además el permiso de entrar en la embocadura del río.

Herido vivamente por esta negativa, abandonó el puerto el desilusionado almirante, que esperaba haber reconquistado con su regreso la consideración que disfrutaba en Santo Domingo, y navegó á lo largo de la costa para buscar en la bahía de Azua, situada al Oeste de Santo Domingo, un refugio para sus barcos.

Poco después abandonaba el Ozama la escuadra de Ovando para emprender su regreso á España, sin cuidarse de la advertencia del almirante. A bordo de los barcos se hallaban innumerables riquezas en oro. También estaban en ellos Bobadilla, Roldán y numerosos enemigos del genovés. Aún no habían alcanzado los barcos el extremo Sudeste de la isla Española, cuando el huracán pronosticado por Colón desencadenóse con toda su furia, sumergiéndose en poco tiempo á los veinte barcos que componían la escuadra. Sólo un endeble barquichuelo, el peor de todos, que llevaba á bordo la propiedad de Colón, nuevamente rescatada, salió ileso del horrible temporal, y pudo llevar á España la noticia del desastre. Bobadilla y Roldán hallaron, en compañía de otros muchos, la muerte entre las olas.

Colón, por el contrario, navegando á lo largo de la costa, aproximándose á ésta cuanto podía, halló refugio en ella y pudo resistir el temporal con felicidad relativa, pues sólo sufrió algunas averías de escasa importancia. Las embarcaciones habían sido separadas unas de otras, mas volvieron á reunirse poco después. Luego que hubieron esperado que pasase un segundo temporal en la bahía de Puerto Brazil, el actual Yacmel, procuraron alcanzar la costa del continente Sur, que había sido en parte explorada por Ojeda, Pinzón y otros, después del último viaje del almirante; mas empezó á reinar un largo período de calma, durante el cual fueron arrastrados los barcos por las fuertes corrientes que cruzan por el mar Caribe, pasando por la costa Meridional de Jamaica hasta el archipiélago de islas bautizado por Colón con el nombre de Jardines de la Reina, que se hallaba muy cerca de Cuba.

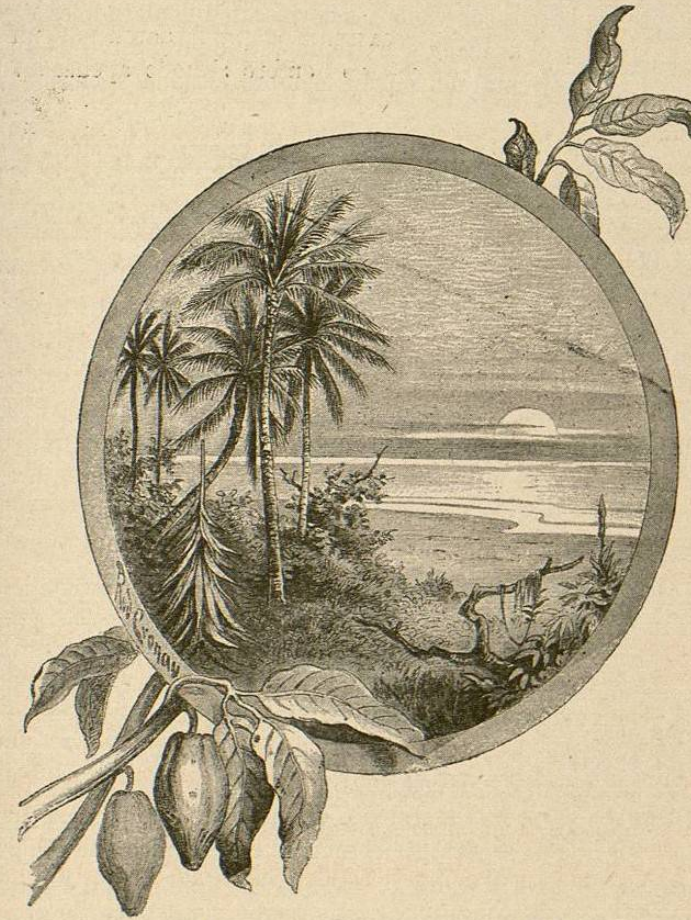
Sin tocar en él, aprovechando la coyuntura de haberse levantado viento favorable, llegaron después de bastantes días de navegación, el 30 de julio, á una isleta situada en dirección Sudeste, cubierta de diferentes árboles. Como entre éstos había especialmente muchos y hermosos pinos, dieron á esta isla el nombre de isla de Pinos, pero en la actualidad es más conocida por el antiguo nombre indio de Guanaja.

Interin estuvieron anclados en aquel paraje tuvieron un singular encuentro con una gran canoa india que, á juzgar por las apariencias, acababa de hacer un largo viaje. La tal canoa iba dirigida por 25 remeros y era propiedad de un cacique que se hallaba con su mujer é hijos en una choza hecha de hojas de palma y situada en el centro de la embarcación, y al parecer hacía un viaje comercial. La canoa contenía gran cantidad de artículos de cambio, de los cuales algunos excitaron vivamente el interés del almirante, tales como hachas y cascabeles de cobre, mantas de algodón de diferentes colores, y toda clase de objetos de barro, piedra y madera, así como también jarros y armas, entre las cuales vieron por primera vez los españoles aquellos terribles instrumentos de combate que consistían en un largo palo cuajado literalmente de puntas de oxidiana, y que en las futuras guerras de los españoles contra los mejicanos habían de jugar papel tan importante. Aprendieron á conocer también el fruto del cacao, que al parecer apreciaban mucho los indios como alimento y artículo de comercio. También poseían los tripulantes de la canoa una bebida semejante á la cerveza, preparada con maíz.

Si bien no entendían el idioma de los extranjeros, dedujeron por sus señas que venían de un gran país situado al Oeste, que era rico, cultivado, y estaba lleno de industriosos habitantes. Si Colón hubiese seguido los consejos de aquella gente emprendiendo una dirección occidental, hubiera llegado en menos de un día de viaje á la costa de Yucatán, residencia de una primitiva y, relativamente, muy desarrollada cultura suigéneris. Es posible que hubiese conseguido llegar hasta las costas de Campeche, Tabasco, Veracruz y Tamaulipas, ricos territorios con cuyo descubrimiento habían de ganar más tarde honra y riqueza otros navegantes y conquistadores.

Colón, empero, tenía fijos en su mente determinados fines, cuya persecución era para él de la mayor importancia. Estaba alucinado por la idea de que en algún sitio del país á que había llegado, y que según él era continuación de la isla de Cuba, que consideraba como continente, debía de existir algún estrecho que permitiría circundar el supuesto dorado Quersoneso, y que haría posible realizar un cruce á las Indias delanteras. Colón abrigaba la creencia de que la gran corriente que cruzaba el mar Caribe debía de desembocar también en aquel estrecho. Todo su pen-

samiento é investigaciones se encaminaban á encontrar dicho estrecho, y con tal fin navegó con sus barcos á lo largo de la costa de Honduras en dirección oriental, después que hubo llegado á ella por el cabo del mismo nombre. El 12 de agosto anclaron en la embocadura de un río, y Bartolo-



Paisaje de la Costa de Honduras (á la izquierda de Cacao)

Dibujo original de Rodolfo Cronau

mé Colón tomó posesión de aquel país nuevamente descubierto en nombre de los reyes de España, bautizando al río, en honor de aquel acontecimiento, con el nombre de Río de la Posesión.

Los indígenas que encontraron iban unos completamente desnudos, y otros, por el contrario, vestían chaquetas cortas sin mangas y taparrabos;

casi todos iban pintados ó llevaban tatuadas en sus cuerpos extrañas figuras de animales. En un sitio de la costa hallaron unos salvajes que tenían taladradas y ensanchadas las orejas de una manera tan rara, que dieron á aquél paraje el nombre de Costa de la Oreja.

Durante la exploración de las costas de Honduras tuvieron que luchar continuamente los barcos con violentas borrascas, dificultándoles además las fuertes corrientes el avanzar, al extremo de que tardaron todo un mes para llegar al cabo oriental del mismo nombre, situado apenas á 70 leguas de distancia.

«En todo este tiempo no llegué á ningún puerto ni hubiera podido tampoco entrar en alguno; las borrascas se sucedían unas á otras; los torrentes de agua que venían de arriba y los vórtices que rodeaban nuestros barcos parecían anunciar el fin del mundo. En todo este tiempo no vimos ni el sol ni las estrellas. Las embarcaciones empezaron á hacer agua por todas partes, las velas estaban destrozadas, mi buque había perdido los mástiles, las anclas, los cables y los botes, y gran parte de las provisiones se averió; la tripulación enfermó, y todo el mundo estaba poseído de la mayor tristeza y ansiedad. Muchos de los marineros hicieron voto de entrar en un convento, y no había ninguno que no hubiese hecho alguna promesa ó se hubiera comprometido á alguna peregrinación.

»Hemos sufrido muchas tormentas, pero ninguna ha sido tan larga y terrible como ésta. Hasta aquellos de mis tripulantes que nunca se desanimaban y que eran los más intrépidos, se amilanaron considerándolo todo perdido. Yo mismo estaba enfermo y me encontré varias veces al borde del sepulcro. Desde la pequeña caseta que me había mandado construir sobre cubierta dirigía el rumbo lo mejor que podía. Lo que más me conmovía y llenaba de dolor era mi hijo, pues pensaba que en edad tan tierna estaba expuesto á tantos peligros y trabajos. Pero Dios le infundió tal valor que animaba á los demás con su ejemplo, y cuando era preciso maniobrar tomaba parte en los trabajos de tal modo que parecía que hacía ochenta años que navegaba por el mar. El era el único que me consolaba en parte.

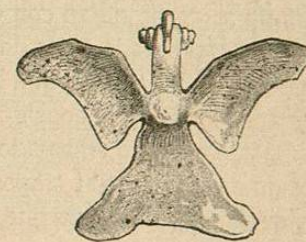
»También respecto á mi hermano era grande mi aflicción, mucho más por haberle yo inducido á emprender este viaje contra su voluntad. ¡Oh cuán escasa es mi felicidad! En los diez años que llevo prestando los más fieles servicios no he ganado lo suficiente para poder llamar mío en Castilla á un mal techado de ladrillos, y hasta hay veces que me falta dinero para poder pagar lo que consumo en las posadas donde tengo que detenerme para comer y descansar.»

Estas son las amargas palabras que la enfermedad, las penas y los trabajos hacían exhalar al pobre hombre, ya de edad caduca.

Por fin el 14 de septiembre llegaron al cabo oriental de Honduras, y dando un suspiro de satisfacción bautizó el almirante á aquella punta que sobresalía á gran distancia en el mar con el nombre de Gracias á Dios.

Desde entonces se hizo más rápida la marcha de la escuadra: el viento, que tanto la había retrasado hasta entonces, se trocó en favorable para la travesía á lo largo de la costa situada en dirección de Norte á Sur, pero también allí estaban destinados los barcos á sufrir toda clase de contratiempos. Cuando el 16 del mismo mes enviaron los botes á tierra para hacer provisión de agua y de leña, fué tragado

uno de ellos con todos sus tripulantes por un vórtice formado por el choque de las aguas de un río con las olas del mar. Este acontecimiento fué abrumador dado el estado de ánimo de la tripulación, que había tenido que sufrir tantas calamidades, y Colón dió al sitio fatal el nombre de Río del Desastre. Algunos días más tarde llegaron á una apacible isla que se elevaba sobre las aguas cerca del continente, y que estaba cubierta de bosques de



Adorno de oro en forma de pájaro, de los habitantes de Costa Rica

palmeras, bananos y otros árboles frutales. Las floridas costas enviaban perfumes tan exquisitos á los barcos, que Colón denominó á esta isla, llamada Quiribiri por los indígenas, con el nombre de La Huerta. Enfrente de la isla había un pueblo indígena cuyos habitantes parecían dispuestos al principio á defender sus costas, pero que al ver que los españoles se disponían á seguir su viaje sin tocar en él comenzaron á hacer toda clase de manifestaciones para que desembarcasen. Enviaron á bordo un anciano que llevaba una bandera blanca é iba acompañado de dos muchachas adornadas con cadenas de oro, las cuales cadenas quería regalar al almirante como una muestra de la simpatía de aquel pueblo hacia los forasteros.

Mas sin saber por qué tomaron en el barco á las dos jóvenes por hechiceras al ver que llevaban consigo toda clase de polvos desconocidos, y por lo tanto se apresuraron á enviarlas á tierra cuanto antes. Cuando al siguiente día visitó Bartolomé Colón la costa para adquirir noticias de las vecinas tierras, fué llevado en hombros á la orilla desde el bote por los regocijados indígenas; pero en cuanto hubo ordenado á un escribiente que le acompañaba que anotase con tinta y pluma los informes que había adquirido, los salvajes, temiendo fuese cosa de hechicería, huyeron precipitadamente, y sólo al cabo de largo rato consiguieron los españoles que se acercasen de nuevo.

Según las declaraciones de estos indios, continuando el viaje en dirección al Sur llegarían los españoles á tierras auríferas, y, efectivamente, no tardaron en arribar á aquella magnífica costa que algunos años más tarde, á consecuencia de sus ricas minas de oro y plata, había de llevar el nombre de Costa Rica. Los habitantes de ésta llevaban grandes placas redondas de oro como adorno en el pecho, y poseían también otros objetos cuyos toscos contornos semejaban figuras de pájaros y otros animales. (Véase el grabado de la página anterior.)

Limitándose á cambiar sólo algunas muestras de estos adornos, de los que no se desprendían con gusto los indígenas, navegaron el 17 de octubre á lo largo de la costa de Veragua, que más tarde había de ser también célebre por los tesoros que encerraba, y aquí, lo mismo que en la embocadura del río Catiba, consiguieron adquirir los españoles no despreciables cantidades de oro trabajado en planchas en formas de espejos y en objetos de adornos. Aquí tropezaron también por primera vez con aquellas macizas construcciones que habían de causar tan gran asombro más tarde á los españoles.

El edificio que vieron era de piedra y arcilla, revestido de estuco, y que probablemente sería el mismo que menciona Colón en su carta cuando describe un monumento de hermosa construcción, del tamaño de una casa y en cuya superficie yacía un cadáver.

La creencia de que se hallaban cerca de un país de regular cultura, la confirmaron los relatos de los indígenas, según los cuales existía, á nueve días de camino de distancia, un reino llamado Ciguara.

«Dicen, escribe Colón, que allí hay mucho oro, y que los habitantes llevan en los brazos y piernas brazaletes de oro, y que á la vez las arcas, las mesas y las sillas están guarnecidas con este metal..... Todos conocen también al Gran Jan. Los negocios se conciertan en ferias y en mercados; me han enseñado también el modo que tienen de hacer los cambios. Otros me han referido que en sus barcos tienen bombardas, espadas y rodela; que los indígenas van vestidos y poseen caballos y otras muchas cosas útiles y hermosas. Dicen también que Ciguara está rodeado de mar, y que á diez días de camino de distancia se halla el río Ganges.»

En estos datos, en parte mal interpretados á causa de ignorar los españoles el idioma de los indígenas, recibieron indudablemente por primera vez las primeras indicaciones sobre el rico y bien cultivado Perú, en cuyas ciudades existían, según se ha comprobado después, aquellos mercados, cuyos habitantes iban vestidos y conocían el manejo de las espadas y las rodela, que estaban gobernados por un Gran Jan, que no era otro que el Inca, y que poseían bestias de carga, ó sean las llamas. En los datos de que este país confinaba con el mar, que poseía puertos, y que á diez días

de camino de distancia había un gran río, sin duda se encerraban las primeras indicaciones de la existencia del Gran Océano y del caudaloso río Amazonas.

Colón interpretó estas noticias en pro de las buscadas Indias, y esperaba, por lo tanto, más que nunca llegar en breve al estrecho situado al extremo Sur del «dorado Quersoneso», que debía abrir el camino para las ricas Indias delanteras.

Esta esperanza le impulsaba constantemente á seguir adelante; así es que pronto abandonó las ricas costas de Veragua sin emplear mucho tiempo en su reconocimiento.

El 22 de noviembre llegó á una espaciosa bahía á la que dió el nombre de Puerto Bello, nombre que es uno de los pocos que recuerdan aún hoy día las memorables travesías del gran descubridor. Fuertes aguaceros detuvieronle por espacio de siete días en dicho sitio, y del mismo modo tuvo que continuar aún algunos más en el llamado Puerto de Bastimentos, situado algunas leguas más hacia Oriente, pues los buques estaban tan destruídos por la carcoma que necesitaban imprescindiblemente algunos reparos. Apenas habían abandonado este puerto cuando nuevas tormentas les obligaron á refugiarse en una pequeña bahía; quince días tuvieron que detenerse en este, á la que dieron el nombre de El Retrete, y en la cual había tal cantidad de aligátos que infestaban el aire con su peculiar olor á almizcle.

La inclemencia del tiempo perseguía constantemente á los navegantes, pues apenas se habían hecho los buques á la mar, y cuando no habían recorrido aún ni cuatro leguas, envolviolos de nuevo la tormenta.

«Nunca hasta entonces había visto el mar tan alto, tan espumoso y tan imponente, escribe Colón. La tempestad estaba enfrente de nosotros y nos imposibilitaba llegar á una lengua de tierra que teníamos ante nuestra vista. Nos retenía en el mar, que parecía estar cubierto de sangre y hervía como un caldero puesto sobre una gran hoguera. Sin interrupción día y noche parecía arder el cielo, surcado de brillantes relámpagos á los que sucedían truenos tan terribles que todos pensábamos que el abismo nos iba á tragar juntamente con nuestros barcos. La lluvia caía á torrentes como un nuevo diluvio, y la tripulación estaba tan rendida que todos deseaban morir para librarse de tanto infortunio. Mi herida se abrió otra vez, y por espacio de nueve días perdieron toda esperanza de salvarme la vida. Yo ya no sabía qué hacer.»

Como los buques, que habían perdido por segunda vez sus anclas, velas, cables y botes, se encontraban en un estado desastroso á causa de la carcoma, decidióse Colón, por más que le pesase, á no buscar más el estrecho y volverse á Veragua.

Durante toda la travesía tuvieron que luchar constantemente con el mismo espantoso temporal; sin interrupción caía una fuerte lluvia que ponía á la tripulación de las descubiertas carabelas en peligro de perecer ahogada. Todos se dispusieron á un próximo fin, que creían tanto más seguro cuanto que la naturaleza entera parecía haberse conjurado para la perdición de los barcos. Un día vieron que las aguas del Océano, agitadas por la borrasca, se arremolinaban como pirámides formando altas columnas giratorias que se unían con las bajas nubes corriendo con vertiginosa rapidez hacia los barcos, y que parecían querer triturar á éstos. Los asustados marineros cayeron de rodillas clamando al cielo, y dándole gracias después por haberles salvado al ver que las extrañas apariciones pasaron junto á las carabelas sin hacerlas daño. De mal agüero parecíanles también los tiburones, que comenzaron á rodear las embarcaciones en grandes bandadas, pues la creencia de los marinos era que estos voraces ladrones del mar iban hacia los barcos atraídos por el olfato y por un cierto presentimiento que les indica que á bordo de ellos hay enfermos ó moribundos ó están próximos al sufragio. Felizmente para los navegantes, no se realizaron semejantes creencias, pues pudieron entrar por fin, después de haber tardado cerca de un mes en recorrer la distancia de apenas treinta leguas que separa á Puerto Bello de Veragua, en la embocadura de un río al que bautizó Colón con el nombre de Río de Belén. A aquella parte de la costa en la que habían tenido que luchar con tantas calamidades dióle el nombre de costa de los Contrastes.

Pero hasta en el mismo puerto parecía querer perseguir la mala suerte á los españoles, pues el 24 de enero hincháronse repentinamente, y sin ningún indicio precedente, las aguas del río, de tal manera que la fuerza de la corriente rompió las anclas de los barcos, y estuvieron á punto de zozobrar en aquel puerto que creyeron tan seguro. «No sé si hombre alguno habrá pasado mayores sustos,» escribe Colón, que achacaba la repentina crecida del río á un turbión procedente de las montañas de San Cristóbal que se veían á lo lejos.

Con los habitantes de aquella comarca entraron pronto en amistosos tratos, y éstos enseñaron con la mayor complacencia los lugares de donde extraían el oro que empleaban para toda clase de adornos en forma de pájaros, animales y lunas de espejo. Las minas de oro estaban situadas en el interior á algunas leguas de distancia, y, según afirmaban los indios, se extendían hacia Occidente hasta una distancia de veinte días de camino. Los reconocimientos practicados demostraron que todo el suelo estaba cuajado de oro, y en poco tiempo pudieron recoger una respetable cantidad de él.

Los indios condujeron al adelantado, que era el que dirigía los reco-

nocimientos, á un alto monte, desde el cual se divisaba toda la comarca. Hasta donde alcanzaba la vista se veía un ilimitado territorio cubierto de bosques, en los cuales se distinguían de trecho en trecho algunas columnas de humo que delataban la existencia de viviendas humanas. En algunos sitios se hallaban, próximos á estas viviendas, extensos claros cultivados que tenían plantaciones de musgo y otros frutos campestres; también hallaron árboles frutales y campos en los que los indígenas cultivaban ananas.

En los bosques vieron animales desconocidos para ellos, entre los cuales estaban el puma, león de América, extraños monos, tapires y ciervos, y aves que eran completamente distintas á las especies de Europa.

Los reconocimientos realizados demostraron que Veragua era sin duda alguna el distrito más rico en oro de todas las demás tierras vecinas; así es que, convencido Colón de que se hallaba en una de las partes más prósperas del Asia, en el dorado Queroneso, decidió establecer allí una colonia. La dirección de la misma pensaba confiársela á su hermano y él volverse á España para llevar la noticia del nuevo descubrimiento y procurarse nuevos refuerzos y provisiones.

Pronto empezaron los trabajos de construcción de un almacén y viviendas para los colonizadores, cosa que desagradó en gran manera á los indígenas, pues comprendieron que los forasteros pensaban permanecer largo tiempo en su país. Con objeto de impedirlo, reuniéronse en el pueblo del cacique Quibián á fin de atacar por la noche á los españoles y prender fuego á sus casas. Pero el movimiento de los indios no pasó inadvertido, y después de un reconocimiento practicado por Diego Méndez pudieron convencerse á tiempo los españoles de la hostilidad de los salvajes.

Durante dicho reconocimiento aventuróse el referido español á entrar en el pueblo con un solo acompañante, y vió que los habitantes estaban ya pertrechados para el combate. Estos quisieron impedir á todo trance que se aproximase á la vivienda del jefe, situada en la loma de un cerro. Al fin consiguió le dejasen franco el paso diciendo que era médico é iba á curarle una herida al cacique. La vivienda de éste estaba en medio de una gran plazoleta, y al rededor había esparcidas, como trofeos de un sangriento y reciente encuentro con una tribu enemiga, más de 30 cabezas humanas.

Cuando se disponía Méndez á entrar en la casa de Quibián, las mujeres y niños que se hallaban á la puerta prorrumpieron en roncós gritos, al oír los cuales apareció el hijo del jefe indio y empezó á gesticular vivamente rechazando al importuno visitante.

Todas las tentativas de éste á fin de calmar la excitación del salvaje